

Escenas: un hombre saca fotos de espías alemanes en el puerto de San Antonio. La KGB se moviliza a nivel transcontinental. Henry Kissinger hace un llamado telefónico. Un policía islandés baila. El FBI arma un expediente de 900 páginas de una mujer. Un hombre se saca las tapaduras de los dientes por miedo a ondas mentales malignas lanzadas por los soviéticos. Otro chantajea al Kremlin por un departamento más grande. Alguien radiografía una silla que puede contener un dispositivo secreto. Alguien abandona una secta esotérica. Nixon intenta hacer un hueco en su agenda.

Paradójico. Todo lo anterior podría corresponder a una novela de Clancy o Ludlum pero está salido de *Bobby Fischer se fue a la guerra*, de David Edmonds y John Eidinow, libro reportaje sobre el match por el campeonato mundial de ajedrez de 1972 entre Fischer (el aspirante, genio megalómano con ínfulas de rockstar) y Boris Spasski (el campeón, última encarnación de la escuela soviética), un encuentro épico y, por qué no, desquiciado.

El libro es genial y delirante. Cero deporte: el ajedrez termina siendo la excusa para un relato donde desfilan miembros del politburó, deportistas sociópatas, espías y acusaciones de telepatía. Tragicómicos, casi siempre asombrados, Edmonds y Eidinow desclasifican documentos, chequean genealogías, interrogan testigos y sugieren de paso que, para narrar el mundo del deporte –o hacerse una idea, por lo menos–, la literatura puede acercarse más que el periodismo.

Podría ser un pequeño leitmotiv literario. De Canetti a Nabokov, pasando por George Steiner o Martin Amis, el ajedrez aparece como un canon en la sombra, una metáfora de algo más, una manera de tramar o destramar quemándose con estrategias truncadas y movimientos inexplicables. Fritz Leiber, clásico escritor de sci-fi yanqui –un erudito en Shakespeare que escribía sagas de fantasía y cuentos sobre

vampiros espaciales– lo definió a la perfección en *Crónicas del gran tiempo*, una serie de relatos donde se narra la guerra entre dos facciones opuestas a través de la eternidad: ahí absolutamente todo es un tablero de ajedrez donde los “soldados combaten volviendo atrás a cambiar el pasado o yendo hacia adelante a cambiar el futuro, para lograr (...) la victoria final dentro de mil millones de años o más”. En suma, un juego perpetuo, una conspiración sin fin, la verdadera matriz de la Historia.

De este modo, Leiber escribía de conspiraciones galácticas pero en realidad hablaba de otra cosa: la Guerra Fría, aquel ajedrez mundial ejecutado por jugadores ciegos, llenos de dobles intenciones y agentes triples que olvidaban de qué bando provenían.

Por supuesto, por acá no estamos tan lejos de esa clase de trama. Así, mientras en *Bobby Fischer...* se detalla que el padre del campeón

yanqui trabajó como fotógrafo y espía ruso en Algarrobo, basta recordar de manera reversa dos historias del argentino Rodolfo Walsh. En la primera, Walsh juega ajedrez en un bar de Buenos Aires en el momento preciso en que alguien dice “hay un fusilado que vive”, puntapié inicial o apertura siciliana de esa obra maestra de la no-ficción que es *Operación Masacre*. En la segunda, Walsh está en Cuba, trabajando para Prensa Latina, cuando ve un teletipo lleno de garabatos y se da cuenta de que es un mensaje encubierto de la CIA. El escritor va y se lee todos los libros de criptografía que tiene a mano para luego descubrir que lo que ahí se detalla son los planes secretos de la invasión de Bahía Cochinos. Y cambia la historia. Jaque mate. O jaque. Una excepción a la regla para aquello que Amis dijo alguna vez sobre el mismo Fischer: “el supremo genio del ajedrez puede aliarse con el más pobre material humano”.

Dura varios días. Una muñeca gigante se pasea por Santiago y la gente enloquece. La muñeca busca a un rinoceronte mientras las imágenes del desastre impactan a los transeúntes desprevenidos. La multitud delira, sigue a la marioneta, saca fotos, llora, no puede creer lo que está pasando. O más bien lo puede creer pero no quiere hacerlo, desea entregarse por minutos a la alucinación, a aquellos pedazos de la ficción que la gente del Royal de Luxe ha montado para ellos. Ojo. En Chile cualquier cosa que involucra alguna clase de reapropiación del espacio público termina siendo el espejismo de un universo paralelo que la ciudadanía sale a buscar con frenesí. Por supuesto, los psiquiatras televisivos deben tener una explicación medianamente ingeniosa o técnica, pero las imágenes –la multitud abriéndole paso a la “niña”, los ciudadanos al borde del shock por los vehículos chocados en las inmediaciones de La Moneda– superan cualquier clase de opinología.

Por supuesto, yo tampoco sé qué decir del asunto salvo sonreír y pensar, que –por momentos– en la literatura de nuestro imaginario, tan centrada en los afectos y defectos que suceden entre las paredes de adobe de la nación, los espacios públicos han sido mirados con miedo, sublimados o decretados extintos.

Hace años, el Cristo del Elqui de Parra cambiaba el ágora pública por un set de televisión tipo *Sábados Gigantes* y la iluminada de Diamela Eltit se pasaba la noche sola en una plaza vacía llena de luces amenazantes. Por otro lado, *El paseo Ahumada* de Lihn –que se dio cuenta de esa perversa relación entre el ciudadano y el escritor en las calles del centro– era un infiernillo dantesco en el que no reparó Carlos Franz en *La muralla enterrada*, aquel perfecto ensayo policial sobre la búsqueda de una ciudad perdida que ya era imposible de habitar, al modo de los pueblos sureños sin gente donde los hablantes de Teillier esperaban el apocalipsis.

Esa ciudad fue la que se desbordó en la calle en eventos como el de la semana pasada, colapsando los diques de contención imaginarios apuntalados en nuestros relatos y novelas. La gigantesca muñeca puede haber parecido una versión más amable y con final feliz de Godzilla, pero su monumentalidad ponía en jaque la escala visual de nuestra memoria literaria.

La señal no es menor. Hay un desfase ahí, esa misma clase de desfase que desataron Tunick y la “casa de vidrio”, algo que se veía o leía como una grieta en el modo de narrarnos. En nuestra novela, los personajes siempre recorren los tupidos velos con una sutileza vaticana mientras escuchaban tras las paredes, enunciando a medias secretos de familia insondables. En nuestra poesía, los cantos generales devienen siempre en paisajes particulares. Incluso Neruda, el mejor poeta de estadios que jamás ha existido, creó una Neverland particular a costa de acumular fetiches privados para contemplar en las noches lluviosas de su casa en la playa.

Pero estos golpes de realidad ponen toda esa edificación –aquella casa de la literatura chilena– en crisis cuando el espacio público y la histeria masiva señalan que la multitud quiere que le cuenten historias y la engañen y que cualquier pánico es falso mientras estalla en llanto y mira embobada y feliz cómo todo lo que sabe se derrumba y camina feliz al lado de unos monstruos que, cómo no, se desparramaban por Santiago. Esas imágenes destierran nuestra agorafobia y merecen un poema o una novela completa: algo que hable del murmullo de la multitud esbozando onomatopeyas imposibles, sonriendo ante lo inaudito, riéndose de cómo por un rato los límites entre el arte y la vida explotan y se desvanecen ahí, en medio de la calle.

Álvaro Bisama
Valparaíso 75

jaque

agorafobia

Bisama